

HUMOR ABSURDO

Una constelación del disparate en España



MERY CUESTA

JOAQUÍN REYES

LUIS E. PARÉS

GLORIA G. DURÁN

GERARDO VILCHES

DESIRÉE DE FEZ

COMPTON'S



HUMOR ABSURDO

Una constelación del disparate en España

Mery Cuesta

A la hora de emprender una tarea tan ardua como la de rastrear las prácticas humorísticas del absurdo en España desde los años 20 del siglo XX hasta la actualidad, nos hemos topado con varios retos. El primero, determinar cuáles son las características del humor absurdo y qué tiene de particular con respecto a otros tipos de humor. Después, dilucidar si existe una especificidad del humor absurdo en España. Para resolver estos y otros retos, he contado con cinco compañeros a mi lado, que son los mismos que contribuyen con sus textos a este libro. La constelación del disparate resultante se destila de encuentros efusivos, de conversaciones cruzadas, de puestas en común en densas reuniones o delante de unas cañas. Todo ello nos hizo darnos cuenta de que esto del humor tiene mucho de generacional, como ya venía advirtiendo **Javier Cansado**, uno de los gurús del absurdo en España. El humor se contagia por los medios de transmisión y los lenguajes propios de la cultura popular (revistas, radio, programas de televisión, humor gráfico, la oralidad en la vía pública...), y éstos suelen tener un radio de influencia determinado que afecta a dos o (raramente) a tres generaciones. O lo que es lo mismo: para los nacidos en los años 70, es difícil que *La Codorniz* de los años 40 sea un puntal de referencia de lo humorístico. Sin embargo, en la constelación del disparate que vislumbraremos a continuación, se han ido haciendo patentes diversas líneas de transmisión transgeneracional de una cierta tradición del humor absurdo que caracteriza la cultura española.

La clave para entender el humor absurdo o eso que también llamamos "humor surrealista" en España es esa supernova llamada **Ramón Gómez de la Serna**. Él es el gran generador de esa potencia transmisora, catalizador de la tradición humorística en España en su vertiente absurda. Como comprobaremos, el *humor nuevo* que se genera en torno a su figura y en el contexto del pensamiento de vanguardia en los años 10 y 20 será popularizado y enriquecido en los 40 en la galaxia que conforma el entorno de *La Codorniz*. A partir de ahí, la

práctica de ese humor absurdo será llevada consigo por diferentes autores, como luminosas cometas o estrellas solitarias, durante las décadas de los 70, 80 y 90. Al filo de los años 2000, se hará visible una nueva y pequeña galaxia que será la de los "chanantes", que se erigirán como los responsables de mantener llameante el particular legado del humor absurdo y traspasarlo al paradigma de la sociedad digital.

Pero volvamos a mis compañeros y a mí, y al enclave desde donde vislumbramos esta constelación. Nuestra visión tiene ciertas particularidades, ya que se dispara desde la perspectiva de los que nacimos en los 70. No nos tocó de cerca el *humorismo* de los 40, pero sí que nos sumergimos por entero en el humor tornasolado por el RGB del tubo catódico, o sea, en el de la tele en color. También abrazamos la historieta y el humor gráfico de los 80, 90 y del nuevo milenio, y hoy estamos intensamente empapados de la cultura digital y sus posibilidades humorísticas. Ha llegado el momento de proyectar un relato nuevo sobre el humor absurdo en España, y nuestro eje generacional tiene la voluntad de hacerlo y la capacidad de revisar desde un punto de vista crítico las producciones de generaciones lejanas o futuras.



Francisco de Goya y Lucientes, "Disparate n.º 3. Disparate ridículo", 1815-1824. (Cortesía de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Calcografía Nacional, Madrid)

Todo el arco vital recorrido y la investigación en retrospectiva dan como resultado esta panorámica del humor absurdo en España, que no es una antología (no queremos destacar “lo mejor”) ni redundante en relatos cronológicos. A nosotros nos interesan más las conexiones.

La constelación de prácticas humorísticas del absurdo que dibujaremos a continuación es eso: una constelación, un panorama amplio en el que brillan unos u otros nombres, unas u otras improntas: son personas, coyunturas, situaciones, hallazgos, ideas. Para algunos faltarán menciones, para otros sobrarán. Pero la cuestión es que estas estrellas son las lentejuelas que al clown se le caen del traje, y por ello, hay algo de azaroso en su naturaleza.

“Los clowns estrenan trajes llenos de lentejuelas que imitan el cielo de un modo preciso y astronómico, formándose las constelaciones de acuerdo con los mapas del cielo. Las mismas lentejuelas que se les caen en pleno juego son las estrellas que tenían que desprenderse para mayor autenticidad, para que en la noche haya lluvia de estrellas”.

Ramón Gómez de la Serna, *El circo*, 1917



Francisco de Goya y Lucientes, “Disparate n.º 13. Modo de volar”, 1815-1824. (Cortesía de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Calcografía Nacional, Madrid)

El disparate es un disparo al aire

Buceando en las distintas acepciones que tiene el absurdo como declinación humorística, enseguida me he visto rodeada de otras palabras y conceptos que están en estrecha relación: incongruencia, dislate, incoherencia o inverosímil son primos del absurdo, pero el primo hermano de verdad, con el que se tiene confianza, es el delicioso vocablo "disparate". Y fue escuchando una conferencia de Francisco Calvo Serraller en un *podcast* cuando encontré una preciosa clave sobre este término. La palabra proviene del castellano antiguo y su acepción en el siglo XVII hablaba de que el disparate era "*disparar una salida sin intento (...) tirar no a puntería sino al aire y que dé la pelota donde diere*".¹ "Disparate" significa en su raíz "disparo al aire", un tiro a lo loco, una gamberrada sin sentido. Creo que esta acepción del disparate como tiro al aire encierra la esencia de lo que el absurdo humorístico es: un acto entre la irresponsabilidad y el impulso de diversión. Esa irresponsabilidad es la que se esgrime ante la lógica. Si el absurdo es falta de lógica, el humor absurdo (el disparate) es una falta de lógica con finalidad hilarante, para reír, para solazar el espíritu.

Nuestra panorámica del disparate en España tiene un telón de fondo que es la obra de **Francisco de Goya**, y en concreto la enigmática serie *Disparates*, realizada entre 1815 y 1824. **Goya** es el éter que sujeta la constelación de estrellas, porque tiende un puente entre el romanticismo y la modernidad, el eje en el que arranca la contemporaneidad. Goya es la sustancia que encarna el espíritu de la contemporaneidad, y en ella el artista ofició el matrimonio entre la esencia popular española y la fantasía. La serie *Disparates* es tradición española esencial; no en vano también han sido estudiados bajo el nombre de *Proverbios* porque algunos teóricos intuían que **Goya** estaba aludiendo en las estampas a dichos y refranes del saber popular. Pero, sobre todo, los *Disparates* de **Goya** son fantasía oscura, jocosa, áspera y subversiva. En la serie, **Goya** está recurriendo al universo del carnaval (igual que hará posteriormente el pintor **Gutiérrez Solana**) como símbolo de la subversión del orden establecido, de la inversión de la lógica. Si en el carnaval el delgado es gordo mantecoso y la bella mujer es espantapájaros, **Goya** se mete en el fantástico para ofrecernos mujeres flotando sobre una rama, caballos haciendo equilibrios de dudosa autenticidad sobre un alambre o fantasmas horripilantes que son un bromazo.

Pero hay más. Los *Disparates* son aguafuertes, estampas pensadas para ser reproducidas, no lo olvidemos. El grabado es el gran antepasado de los medios de transmisión de la cultura popular, es la

estampa que se vende y se compra por unas monedas para colgar en casa o para regalar. El humor absurdo, el disparate, tendría en los medios de producción mecánicos y de distribución comercial su vía de propagación, y por eso no es de extrañar que al hacer un repaso por las prácticas del humor absurdo en España emerja tan a menudo la figura del humorista gráfico. Los *Disparates* de **Goya**, por cierto, fueron un fracaso de ventas. Y es que el humor absurdo no es el más popular, pues la falta de lógica puede llegar a enfadar a las mentes más conservadoras.

Suspendidos en un columpio

“Por primera vez realizo yo con franqueza lo que muchos oradores hacen sin darse cuenta: columpiarse y estar en el trapecio de la coladura”.

Ramón Gómez de la Serna en su discurso desde el trapecio del Gran Circo Americano de Madrid, 1923

Volvamos a la idea del disparate como tiro al aire. Lo cierto es que, a la hora de analizar el humor absurdo, nos topamos cada dos por tres con metáforas aéreas y de suspensión. Hemos citado ya dos veces a **Ramón Gómez de la Serna**, y eso que acabamos de empezar. Enseguida entenderemos la referencialidad de su figura en este universo del humor absurdo en España, y por ello a partir de aquí le llamaremos **Ramón**. En su universo, y por extensión también lo será en el del absurdo en España, la idea del individuo suspendido es fundamental. La imagen de **Ramón** en el trapecio es un icono en la historiografía del absurdo porque el columpio es metáfora de esa postura propia del humorista del absurdo, suspendido sobre las cuitas de la pura actualidad y con una actitud lúdica y feliz. El humorista del absurdo se coloca flotante por encima del mundo, abstraído de los entresijos diarios de política y actualidad o de las últimas noticias sobre brechas sangrantes de clase o género. Y la atmósfera que el humorista respira allá arriba es propicia al disparate, al pensamiento surreal, a constatar que el caos forma parte de la materia humana. El humorista del absurdo, como el niño en el columpio, se deja llevar por el juego, por lo lúdico. Esta remisión al mundo infantil también está en el ADN del humor absurdo, pues solamente el niño rompe la lógica de manera aplastante y natural, sin ejercicios ni esfuerzos intelectuales. Entender el humor absurdo como una perspectiva disparada desde un individuo suspendido propicia una panorámica transgeneracional y atemporal: de ahí que el humor absurdo no caduque,

porque no se detiene temporalmente haciendo chistes sobre Azaña, Carrero Blanco, Rajoy o los políticos del momento. La sátira política es muy necesaria, pero el absurdo puro se ocupa más de la esencia del individuo que de los últimos tiras y aflojas en el Parlamento: el absurdo tira de metafísica porque *“que va, que va, que va, yo leo a Kierkegaard”*. Si el humorista del absurdo emana desde una posición suspendida, su humor ejerce el mismo efecto suspensivo: el humor absurdo libera al individuo y lo eleva por encima de cualquier contexto por muy espantoso que éste sea.

Aprovechando la metaforística aérea, vamos a intentar definir cómo es la mecánica del humor absurdo a partir de un símil circense: lo absurdo es un doble salto mortal. Es decir, para que un argumento con pretensiones de hilarante llegue a considerarse absurdo debe pasar por dos tiempos: primero, lo inverosímil (algo que es difícil de creer, contrario a la lógica y a las convenciones), y a continuación, sobre esa anticonvención, se introduce un nuevo giro que convierte la situación en absurda (se introduce un giro consecuente dentro del marco de lo inverosímil). Un ejemplo inventado: un niño vuelve a casa vestido de guardia civil y con un bigote postizo (inverosímil), su madre al verle le dice: *“Cuántas veces te he dicho que debes ponerte laca en el bigote, que, si no, no te reconozco”* (absurdo). La madre superpone a lo inverosímil (que podría ser real, raramente, pero podría) un nuevo efecto de extrañamiento que eleva la situación al absurdo. Doble pirueta. Ahora un ejemplo real: un hombre entra en una farmacia y pide un analgésico; el farmacéutico se alegra y le dice: *“Ha dado usted en el clavo: soy el rey de los analgésicos y además los hago yo mismo con mis propias manos”* (inverosímil); a continuación saca de debajo del mostrador un queso: *“¿Cuánto le pongo?”*, y contesta el cliente: *“Póngame para un par de migrañas”*. Es un sketch de **Faemino y Cansado** que como podemos figurarnos no acaba aquí, sino que la escalada de giros absurdos va intensificándose cada vez más. Una vez superada la inverosimilitud de que un farmacéutico haga analgésicos con sus propias manos, los saltos hacia al absurdo se suceden.²

Esta teoría que dice que el absurdo se alcanza una vez rebasada la inverosimilitud y que yo he rebautizado como “doble salto mortal” me fue insuflada por Joaquín Calvo Sotelo en una conferencia que escuché (otra vez por *podcast*) en la que el dramaturgo se esforzaba por aportar su propia teoría del absurdo.³ Porque teorías hay decenas y decenas que llenan libros y pseudoliteratura en los puestos del rastro, encantos y mercados de pulgas. La de Calvo Sotelo es interesante, porque define dos campos: el del inverosímil (factible pero difícilmente creíble) y el del absurdo (más extremo), y la correlación

entre uno y otro. Esta perspectiva ha servido para mí y mis compañeros de instrumento de medición del nivel de absurdo en algunos casos en los que este factor se hacía resbaloso. Es el caso de **Josep Coll**, estupendo y añorado dibujante del *TBO*, cuyas creaciones rozaban el absurdo, pero por alguna razón atmosférica e intangible no acababan de ser absurdo puro. Quizás sea porque sus ocurrencias, inverosimilitudes deliciosamente trazadas, se quedaban sólo en el primer salto, en una ingeniosidad fina pero desradicalizada, sin transgresión.

El trozo más absurdo del pastel del humor

Hemos caído en un vicio: el de formular una teoría de lo que el humor absurdo es. Y es un vicio añejo como el tabaco. Destripar la mecánica del humor ha sido objeto, como decíamos, de numerosos panfletos y librecitos. El propio manifiesto *Humorismo*, publicado por **Ramón** en 1930, recoge las numerosas teorías y observaciones de pensadores como Kant, Gautier, Mack Sennett, Pawlowski o Bergson. Este radiografiar el humor acabó siendo moda y subgénero ensayístico, pero aquí somos de la opinión de que destripar un autómatas hace que pierda la magia, y con el humor pasa lo mismo: airear sus engranajes es matarlo. O para poner otro ejemplo dentro del propio universo del humor: en el momento en que descubrimos que bajo un chispeante monólogo *stand up* subyace una mecánica férrea de guión, se acabó la gracia. Sin embargo, para poder dirimir qué prácticas humorísticas se enguantaban mejor el concepto de absurdo o de disparate, hemos debido pactar una serie de criterios y de directrices que nos ayudarán a cortar el pastel; es decir: si el humor en España fuera un pastel y sólo te apeteciera tomar el pedazo que sabe a absurdo, ¿por dónde cortarías?



El humor absurdo supone una ruptura con la lógica

La definición básica de lo absurdo desde cualquier contexto cultural siempre alude al resultado de la interrupción de la lógica. Atentos a esta idea de la ruptura, del corte, de la dislocación, porque ya de partida estamos detectando un elemento clave en el humor de tipo absurdo. Esta ruptura con finalidad humorística puede llevarse a cabo desde el punto de vista del relato, de los códigos estéticos e incluso de la propia sintaxis. El *collage* -procedimiento del que nos encargaremos a fondo más adelante- encarna a la perfección el mecanismo de dislocación del sentido y de la estética al ser un procedimiento basado en el corta-pegar, en la descontextualización y unión de

fragmentos originalmente separados con una finalidad humorística. En cuanto a la rotura del consenso comunicativo a partir de la rotura de la sintaxis del lenguaje hablado o escrito, basta con mencionar a un grande del humor absurdo en España como es **Chiquito de la Calzada** y sus trabalenguas ininteligibles.



El humor absurdo conecta con la filosofía de vanguardia

El humor absurdo es un arma arrojadiza contra las normas. Contra la lógica, sí, pero en específico contra los códigos comunes, contra la corrección, contra el sistema establecido, contra los códigos de la normalidad social, contra las convenciones y contra el relato histórico establecido. La idea de *lo nuevo* está muy presente en el nacimiento de este humor que se produce con el apogeo de las vanguardias artísticas en España (o lo que llegó de ellas). El brote del humor absurdo desde el punto de vista programático (no queremos afirmar que antes de este brote el humor absurdo nunca se hubiera practicado) se produce de la mano de **Ramón Gómez de la Serna**, que diligentemente le adjudica el término *humorismo* en los años 30, es decir, le aplica ese *-ismo*, ese sufijo compartido con el cubismo, el futurismo, el dadaísmo o el ultraísmo.⁴ Por tanto, es un humor de raíz intelectual que, como las vanguardias entre las que se incubaba, participa de una filosofía de la libertad a partir de la creatividad. Otro cantar es esa postura muy de las vanguardias de romper las convenciones desde el casino, desde las comilonas en selectos restaurantes o desde el *cocktail bar* de un hotel. En cualquier caso, el *humor nuevo* de las élites culturales de vanguardia de los años 20 y 30 era en realidad un humor absurdo, y como tal lo hemos ido asumiendo paulatinamente, dejando atrás etiquetas como *humorismo*. Este *humor nuevo* simbolizaba una ruptura de contexto, de intención, argumental y formal con respecto al humor que venía practicándose anteriormente, y por eso *Humor absurdo. Una constelación del disparate en España* comienza su barrido de estrellas desde los años 20.

Sin embargo, es natural que nos preguntemos cómo era el humor que “había antes”, es decir: estamos aireando las rupturas de un *humor nuevo* que emerge en los años 20 desde el entorno de vanguardia que lidera **Ramón**, pero quizás necesitemos conocer cuál es el *humor viejo* para entender a cabalidad la fractura entre uno y otro. Hasta los años 20, el humor de la comunidad española sufre pocas variaciones. La mecánica del humor tradicional es de la más vieja solera y “se basa en la exageración, el pintoresquismo, el contraste, el costumbrismo, el juego de palabras y la burla casi sangrienta de las propias miserias (el hambre, la ignorancia, la incultura): éstas son

sus bisagras maestras”, aseguran los teóricos Francisco García Pavón y María Dolores Rebés Puig en *España en sus humoristas*, un libro imprescindible para entender las transformaciones del humor en el primer tercio del siglo XX.⁵ El humor tradicional en España se basa en temáticas acordes con la profunda psicología española, en cuyo seno perdura el pícaro y sus artes para burlar el hambre. El humor previo a la modernización y la vanguardia se articula en base a la estratificación de clases sociales: el pueblo llano es un sujeto hilarante y burdo, sin solvencia social, reaccionario ante lo nuevo; la clase media es cursi y aspira a una riqueza que no tiene; la aristocracia cataliza temas de juergas, adulterios, excesos, peticiones de mano, bodas y espectáculos. El humor antes de los años 20 en España se solazaba en ridiculizar lo nuevo ante lo viejo, insistiendo en estereotipos como el matón, el guardia, la suegra, el estudiante, el sereno... Tipos relacionados con los oficios (extraídos de la tradición del género chico) y con los clichés regionalistas (el catalán avaro, el vasco bruto, el andaluz vago...). Una vez entendido esto, el *humor nuevo* que se produce en el seno de las vanguardias se esforzará en transgredir estas formas y costumbres, los tipos y los límites tradicionales entre clases sociales. Y puesto que no se puede combatir el pensamiento burgués con su mismo lenguaje (que es el del realismo), se inventarán unos lenguajes nuevos basados en la fragmentación, la imaginación y el optimismo. Así es este *humor nuevo*.



El humor absurdo es evasión

Pues como todos, pensarás. La evasión a la que nos referimos cuando abordamos el humor absurdo se refiere a la idea del escapismo de la actualidad, y volvemos a la metáfora del aire, del vuelo y del individuo suspendido. Es importante subrayar esta idea del humor absurdo como abstraído de los vaivenes de la actualidad política, económica o de sucesos. A este respecto, recuerdo la carta que **Miguel Mihura** escribió en 1946 a **Álvaro de Laiglesia** a raíz del traspaso de la dirección de la revista *La Codorniz*, sin duda, uno de los artefactos de la cultura española más representativos del absurdo en lo humorístico. Este traspaso, que se produce a partir del número 148, motiva una carta de **Mihura** al nuevo y joven director, una misiva que escribe “*un poco disgustado*” reprochándole que la revista había dejado de hablar “*de flores, pájaros, caballos blancos y vacas rubias*” para pasar a ocuparse de quejas como que “*los tranvías no funcionan bien, de que en el metro hay poca luz, de que no hay lombarda, de que los salmonetes están por las nubes, y de que no hay suficientes bancos en el Retiro; en fin: de lo que se ha quejado la gente toda la vida*”. Y le advertía que, con esta deriva, *La Codorniz*

sólo ayudaría a "alentar el mal humor de las gentes, la murmuración y la acritud". **De Laiglesia**, que no se dejaba amilanar, contestaría en el número siguiente: "Usted con sus pájaros, sus vacas rubias y todas esas cosas tan chistosas que menciona en su carta ni desterró los tópicos, ni pudo hacer olvidar a la gente la dureza del mundo actual -y acaba-. Que usted lo pase bien en su nube irreal en compañía de sus poéticos bichitos. Yo me quedo aquí abajo con la barba de mi tío del brazo de la hija que usted abandonó, luchando fanáticamente por el pimentón nuestro de cada día". **De Laiglesia** espetaba la idea de que el humor nuevo ya era viejo, y que había que preocuparse por cosas que de verdad importan. Pienso que esta carta explica de forma palmaria el motivo por el que se considera la primera etapa de *La Codorniz*, bajo la dirección de **Miguel Mihura** (de 1941 a 1944), como el auténtico artefacto del absurdo y su etapa más sobresaliente. El desapego de las cuitas diarias de la compra y el politiquero de turno erigen a la primera codorniz como un artefacto humorístico con voluntad firme de desapego de la realidad.⁶



Francisco de Goya y Lucientes, "Disparate n.º 12. Disparate alegre", 1815-1824. (Cortesía de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando, Calcografía Nacional, Madrid)



El humor absurdo debe ser una práctica deliberada

Quizás pueda parecer una obviedad, pero el uso tan dilatado y común de la palabra absurdo o surrealista para referirse a algo gracioso o incluso bochornoso hace que el humor absurdo llegue a confundirse con aquella conducta vergonzante por parte de alguien que no es consciente ni desea hacer humor. En definitiva, que Leticia Sabater nos parezca absurda no quiere decir que ella practique el humor absurdo. Que Fernando Arrabal con un buen pedo se suba a una mesa en un plató de televisión en calcetines balbuceando “*El milenarismo va a llegarrrr*” puede parecernos surrealista, pero él seguramente no consideraba que estaba haciendo práctica de humor absurdo ninguna. Así pues, a la hora de cortar el pastel del humor en España y separar el pedazo más absurdo, dejamos fuera todo aquello que, aunque tildado por nuestra subjetividad de “absurdo”, no es una práctica humorística deliberada. Parece que no, pero esta decisión fue fundamental para cribar un montón de propuestas durante el proceso de investigación que respalda este libro.



El humor absurdo es impuro

Porque, como todo tipo de humor, se ve contagiado de otras tipologías de estilos y géneros como la parodia, el humor negro o el *slapstick*. Por eso no hay fórmula que valga ni hay panfleto que sea capaz de definir lo que es el humor por géneros. Lo absurdo se viste de faralaes para remitir al costumbrismo, el disparate se puebla de vez en cuando de cuñaos o tullidos entre otros estereotipos, el sinsentido acaba muchas veces con un golpe de machete que tiñe el absurdo de negro negrísimo. Nuestra constelación es libre y abierta como el propio firmamento, cambiante como el humor que corre de página en página, de boca en boca, y se revuelca con todo lo que nos hace gracia.



Una vez desgajada la porción de pastel del absurdo del humor en España, observamos los pedazos que han quedado sobre la mesa para los demás. Por las razones ya comentadas, dejamos para el disfrute y saboreo de otros la sátira política, el humor basado en las noticias y personajes de actualidad, las “matrimoniadas” o humor de lucha de sexos por basarse en los códigos más rancios de la sociedad conservadora (ranciedad contra la que el espíritu de vanguardia se rebela); por lo mismo, cedemos el trozo del humor regionalista sobre gallegos, vascos o andaluces, y todo aquel humor basado principalmente en la supuesta comicidad de estereotipos como los gangosos o los maricas. También abandonamos trozos del humor de clases (más en boga en el siglo XIX), y uno que está muy de moda, que es el de las acciones por pura provocación, que se presentan como humor y que en realidad son bilis y descontento revestidos de crema barata. Este trozo del pastel ni lo probéis: no es humor.

Dislates y disloques

Una vez sugeridas algunas coordenadas para entender a qué tipo de humor llamamos “humor absurdo”, vamos a centrarnos en su práctica en España. Atención, que no hablamos de humor absurdo español, sino de su práctica en España, igual que sería un desatino hablar de “el suicidio español”, en vez de “el suicidio en España”. Por tanto, el humor absurdo en España no tiene más especificidades propias que las que ha querido darle de manera individual cada uno de sus cultivadores. Es cierto que hay un reducto de improntas que sí se enraízan en el costumbrismo español y de las que hablaremos después en el apartado de “Costumbrismo absurdo”, pero en general, no somos partidarios de patriotizar el absurdo, sino de entenderlo como un cúmulo de acciones motivadas desde la subjetividad, que -dicho sea de paso- a medida que avanzamos en el tiempo van queriendo integrarse en el consenso internacional.

Vamos al lío: al dislate y al disloque. Ambos términos definen bien los dos procedimientos principales a través de los cuales se produce un efecto humorístico en la atmósfera del absurdo. El dislate (sinónimo más fiel de “disparate”) hace referencia a ese terreno resbaloso donde el pensamiento desbarra, se dispara, rompe todas las capas de ozono de la lógica. Una forma de impulsarnos es la que hemos visto y que trata de rebasar lo inverosímil en dos pasos (paso 1: lo

inverosímil; paso 2: absurdo). Pero a la atmósfera del absurdo se accede desde muy diversos procedimientos: la descomposición del lenguaje, la reiteración llevada a un extremo, las acciones sin sentido... El disparate, en cualquier caso, siempre está ligado a un exceso, a un pasar la línea, a un demasiado, a la transgresión: el disparate destruye el rito. El humor absurdo, al ser una práctica particularmente autoral, se alcanza según diversos caminos, algunos de los cuales analizaremos en esta visión constelar.

Respecto al disloque, es un término que hace referencia a lo roto, a lo descoyuntado. El fragmento y la unión de las partes con finalidad humorística es la segunda mecánica fundamental del humor absurdo. Este hecho concuerda absolutamente con la identidad estructural de la propia modernidad, escenario histórico en el que se gestan las vanguardias, una época donde se busca generar un nuevo mundo tras la Primera Guerra Mundial a partir de los fragmentos y las ruinas de lo anterior. El humor absurdo, en tanto que *humor nuevo* generado en este contexto temporal, busca sus gags a través del fragmento y de la unión, y esta búsqueda se ejemplifica en el *collage*. Las portadas en *collage* de **Enrique Herreros** para *La Codorniz* en los años 40 son, en este sentido, todo un manifiesto de cómo el humor absurdo declaraba como territorio propio la estética de lo fragmentario.

Así pues, preparémonos para disfrutar de algunos dilates y disloques de la cultura contemporánea española, que serán vislumbrados por grupos, uniendo los puntos tal y como se hace para descubrir las constelaciones en el cielo. Unamos las negritas del texto como quien une estrellas en el cielo y con regocijo distingue Orión o la Osa Mayor.